

## XII

Tres meses después, en una tibia noche de Junio, conducía Santiago el exprés del Havre, que había salido de París á las seis y treinta minutos. Su nueva máquina, la máquina 608, cuyas primicias gozaba él, según decía, y á la cual comenzaba á conocer bien, no era cómoda, sino que se parecía á esas yeguas jóvenes que hay que domar antes de que se resignen al arnés. A menudo juraba contra ella, sintiendo la pérdida de la Lisón, porque tenía que vigilarla mucho, con la mano siempre puesta en el volante del cambio de marcha. Pero aquella noche mostraba el cielo una dulzura tan deliciosa, que él se sintió inclinado á la indulgencia, dejándola galopar á sus anchas, feliz él mismo con poder respirar libremente. Jamás se había sentido mejor, sin remordimientos, en medio de una paz tranquilizadora.

El, que no hablaba nunca en el camino, gastó bromas con Pecqueux, el cual había quedado de fogonero suyo.

—Veo que abre Ud. el ojo como un hombre que no ha bebido más que agua.

Pecqueux, en efecto, contra su costumbre, parecía estar en ayunas y se mostraba muy preocupado. Entonces respondió con voz dura:

—Hay que abrir el ojo cuando se quiere ver claro.

Santiago le miró con desconfianza, cual hombre cuya conciencia no está limpia. La semana anterior se había dejado caer en los brazos de la querida del compañero, de esa terrible Filomena, la cual, hacía dos meses, que se pegaba á él como una gata amorosa. Mas no se crea que tuvo en ello un minuto de curiosidad sensual; cedía sobre todo al deseo de verificar una experiencia; ¿se hallaba definitivamente curado ahora que había satisfecho su espantosa necesidad? ¿Podría poseerla ya sin clavarle una navaja en la garganta? Dos veces había sido suya, y nada, ni un malestar, ni un escalofrío. Debía recobrar su alegría, su aspecto tranquilo y sonriente, con la facilidad de ser un hombre como los demás.

Cuando Pecqueux abrió el hogar de la máquina para echar carbón, le detuvo.

—No, no la cargue Ud. demasiado; va bien.

Entonces gruñó el fogonero malas palabras.

—¡Ah! está bien..... ¡Una linda farsante, una hermosa chapucera!..... ¡Cuando pienso que se maldecía de la otra, de la vieja, que era tan buena!..... Esta buscona, ni siquiera vale la pena de un puntapié en el culo.

Santiago procuraba no responder para no enfadarse; pero comprendía que la antigua unión de los tres no existía ya; pues la buena amistad entre él, su compañero y la máquina se había disipado con la muerte de la Lisón. Ahora se

querellaban por un quitate allá esas pajas, por un tornillo demasiado apretado, ó por una paletada de carbón mal puesta. Y él se prometía ser prudente con Filomena, porque no quería llegar á una guerra abierta sobre aquel estrecho suelo móvil que le conducía con su fogonero.

En tanto que Pecqueux, para no ser despedido, para poder lograr algunas cantidades y terminar sus provisiones, se había convertido en fiel perro, abnegado hasta el punto de estrangular al mundo, vivieron ambos como hermanos, en el cotidiano peligro, silenciosos, sin necesitar de palabras para entenderse. Pero aquello iba á convertirse en un infierno, si dejaban de entenderse, siempre juntos, sacudidos á un tiempo mientras que se devoraban. Precisamente la Compañía había tenido que separar la semana anterior al maquinista y al fogonero del exprés de Cherburgo, porque, desunidos á causa de una mujer, maltrataba el primero al segundo, que no quería obedecer, y dábanse de puñetazos, trabando verdaderas batallas en el camino, con olvido completo de la cola de viajeros que rodaba detrás de ellos á todo escape.

Dos veces más abrió Pecqueux el hogar y echó carbón, por desobediencia, buscando sin duda una disputa; pero Santiago fingió no notarlo, aparentando estar entregado completamente á la maniobra, con la sola precaución cada vez, de volver el volante del inyector para disminuir la presión. ¡Era tan dulce y agradable el viento fresco de la marcha en aquella noche

de Julio! A las once y cinco minutos, cuando el exprés llegó al Havre, los dos hombres arreglaron la máquina en la buena armonía de siempre.

Pero cuando salían del depósito para ir á acostarse á la calle Francisco-Mazeline, los llamó una voz.

—¿Llevan mucha prisa? Entren Uds. un minuto.

Era Filomena, que desde el umbral de la casa de su hermano debía estar acechando á Santiago. Hizo un movimiento de contrariedad al ver á Pecqueux; y si se decidió á llamarlos yendo juntos, no fué más que por el placer de hablar siquiera con su nuevo amigo, libre de sufrir la presencia del antiguo.

—¡Déjanos en paz!—gruñó Pecqueux.—No nos fastidies, que tenemos sueño.

—¡Qué amable!—repuso alegremente Filomena.—Pero el señor Santiago no es como tú, tomaría una copita..... ¿No es verdad, señor Santiago?

El maquinista iba á rehusar por prudencia, cuando el fogonero aceptó bruscamente cediendo á la idea de acecharlos y cerciorarse. Entraron en la cocina y se sentaron delante de la mesa, donde Filomena había puesto copas y una botella de aguardiente, diciendo en voz baja:

—No hay que hacer ruido, porque mi hermano está durmiendo arriba, y no le gusta que yo reciba gente.

Después, mientras los servía, añadió:

—A propósito, sabed que la señora Lebleu ha reventado esta mañana. Ya tenía yo dicho que se moriría si la metían en ese cuarto de la parte trasera, una verdadera prisión. Ha durado, sin embargo, cuatro meses, friéndose la sangre por no poder ver nada más que zinc..... Y lo que más ha contribuído á matarla desde que le fué imposible el moverse de la butaca, ha sido no poder espiar á la señorita Guichón y al señor Dabadie, una costumbre que había tomado. Sí, se ha muerto de rabia por no haber podido sorprender nada entre ellos.

Filomena se detuvo; tomó un trago de aguardiente y dijo riéndose:

—Sin duda que se acuestan juntos. ¡Solamente que son muy tunos! Sin embargo, creo que la señora Moulín los vió una noche. Pero no hay miedo de que hable; es demasiado bestia, y además su marido, el subjefe.....

De nuevo se interrumpió para exclamar:

—Decid, ¿no es la semana que viene cuando se juzga eso en Rouen, la causa de los Roubaud?

Hasta entonces Santiago y Pecqueux la habían escuchado sin preguntar una palabra. Al último le parecía sencillamente muy charlatana; nunca derrochaba con él tanta conversación, y no apartaba los ojos de ella, encendido poco á poco por los celos al verla excitarse así delante de su jefe.

—Sí—respondió el maquinista con perfecta tranquilidad—he recibido la citación.

Filomena se le acercó satisfecha al poder rozarle con el codo.

—Yo también soy testigo..... ¡Ah! señor Santiago, cuando me interrogaron acerca de usted, porque ya sabe que quisieron conocer la verdad de sus relaciones con esa pobre señora; sí, cuando me interrogaron le dije al Juez: «¡Pero señor, si él la adoraba! ¡Es imposible que le haya causado mal alguno!» ¿No es verdad? Yo los había visto á ustedes juntos y podía hablar.

—¡Oh!—dijo el joven con indiferencia—yo no tenía cuidado porque podía dar, hora por hora, cuenta del empleo que había dado al tiempo..... Si la Compañía me ha conservado en mi puesto, es porque no tenía la menor reconvención que dirigirme.

Hubo un instante de silencio, durante el cual todos tres bebieron.

—Eso hace estremecerse—repuso Filomena. —Esa bestia feroz, ese Cabuche, á quien detuvieron cubierto todavía con la sangre de la pobre señora. ¡Qué hombres tan idiotas hay! Matar á una mujer porque se la desea..... ¡Como si con eso adelantaran algo una vez que la mujer no existe!..... Y lo que no olvidaré en mi vida, es cuando el señor Cauche fué á detener también al señor Roubaud allá abajo, en el muelle. Estaba yo presente. Ya saben ustedes que eso sucedió tres días después nada más, así que el señor Roubaud, al día siguiente del entierro de su mujer, volvió á encargarse de su servicio con aspecto tranquilo. Entonces el señor Cauche le dió en el

hombro, diciéndole que tenía orden de llevarsele preso. ¡Qué le parece á usted! ¡Ellos que no se separaban y que pasaban juntos las noches enteras jugando! Pero cuando se es comisario, se llevaría uno á su padre y á su madre á la guillotina, porque el oficio lo requiere. ¡Se pinta solo el señor Cauche! Yo le he visto en el café del Comercio jugando á las cartas, sin inquietarse por su amigo más que por el gran Turco.

Pecqueux, con los dientes apretados, dió un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Rayos! ¡si yo estuviese en el lugar de ese cornudo de Roubaud!.... Usted gozaba á su mujer, otro se la mata y hé aquí que me lo envían ante los tribunales.... ¡Hay para reventar de ira!

—¡Pero gran bestia—exclamó Filomena—si le acusan de haber impulsado al otro á que le desembarazase de su mujer por cuestión de intereses! ¡Lo sé yo! Parece ser que han encontrado en casa de Cabuche el reloj del presidente Grandmorin, de ese hombre que asesinaron en un vagón hace dieciocho meses. Entonces relacionaron este crimen con el del otro día y armaron toda una historia. Yo no sé lo que decía el periódico, pero ocupaba el suceso dos columnas.

Santiago, que parecía no escuchar, murmuró distraído:

—¿A qué rompemos la cabeza? ¿qué nos importa eso?.... Si la justicia no sabe lo que se hace, menos lo sabemos nosotros.

Y luego, añadió con la mirada incierta y cubiertas de palidez las mejillas:

—En todo ello no hay más que esa pobre mujer.... ¡Ah! ¡la pobre mujer!

—Yo—exclamó violentamente Pecqueux—yo, que tengo una mujer, si alguien la tocara, comenzaría por estrangularlos á los dos. Después ya podían cortarme el pescuezo, que me daría lo mismo.

Medió otro instante de silencio. Filomena, que llenaba por segunda vez las copas, se encogió de hombros con afectada indiferencia. Pero en el fondo se hallaba trastornada, y estudiaba á Pecqueux con una mirada oblicua. Este descuidaba mucho su persona é iba muy sucio desde que la señora Victoria, habiéndose quedado inútil por resultas de la fractura, tuvo que dejar su puesto en la salubridad y entrar en un hospicio. Ya no estaba allí, tolerante y maternal, para cuidarle la ropa blanca, á fin de que la otra, la del Havre, no la acusara de tener abandonado á su hombre. Y Filomena, seducida por la limpieza de Santiago, se mostraba disgustada.

—¿Es á tu mujer de París á la que estrangularías?—preguntó ella de broma.—¡No hay peligro de que te la quiten!

—¡Esa ú otra!—gruñó él.

Filomena se disponía á beber, diciendo:

—¡A tu salud! Y tráeme tu ropa blanca para que te la laven y repasen, porque la verdad es que no nos honras así, ni al uno ni al otro.... ¡A la salud de Ud., señor Santiago!

Estremeciése Santiago, cual si acabara de salir de un sueño. En la ausencia completa de

remordimientos, en ese consuelo y bienestar físico en que vivía desde el asesinato, pasaba, á las veces, Severina, enterneciendo hasta hacer llorar al hombre dulce que había en él. Y bebió, diciendo precipitadamente para ocultar su turbación:

—Ya sabrán Uds. que vamos á tener guerra.

—¡Imposible! — exclamó Filomena. — ¿Con quién?

—Pues con los prusianos..... Sí, por causa de un príncipe de su país que quiere ser rey de España. Ayer no se habló de otra cosa en el Congreso.

Entonces prorrumpió en exclamaciones:

—¡Pues estará gracioso! ¡Bastante nos han fastidiado ya con sus elecciones, su plebiscito y toda su jarana! Dígame Ud.: ¿si hay guerra, alistarán á todos los hombres?

—Nosotros estamos libres, porque no se pueden desorganizar los caminos de hierro. Pero nos traerían á mal traer con los transportes de tropas y provisiones. En fin, si tal sucede, habrá que cumplir con el deber.

Y esto dicho se levantó, viendo que ella había concluído por ponerle una pierna encima, y que Pecqueux lo había notado y apretaba los puños rojo de cólera.

—Vamos á acostarnos, ya es hora.

—Sí, será lo mejor—tartamudeó el fogonero.

El cual se apoderó del brazo de Filomena, apretándoselo brutalmente. Ella reprimió un grito de dolor, y se contentó con deslizar al oído

del maquinista estas palabras, mientras que el otro apuraba furioso el contenido de su copa:

—Desconfía; es una bestia cuando bebe.

Y como sonaron pasos en la escalera, exclamó asustada:

—¡Mi hermano!..... ¡Márchense pronto!

Todavía no se hallaban los dos hombres á veinte pasos de la casa, cuando oyeron los quejidos de Filomena, la cual recibía una abominable corrección, como una niña cogida en falta, con los dedos metidos en un tarro de dulce. El maquinista se paró dispuesto á socorrerla; pero le detuvieron estas palabras del fogonero:

—¡Qué! ¿le importa á Ud. algo eso?..... ¡Ah! ¡la gran zorra! ¡Así la matara!

Una vez en el cuarto de la calle de Francisco Mazeline, se acostaron Santiago y Pecqueux sin hablar palabra. Las dos camas casi se tocaban, y ambos permanecieron despiertos largo rato, escuchando el uno la respiración del otro.

El lunes debían comenzar en Rouen las sesiones del proceso Roubaud. Había allí un triunfo para el juez de instrucción Denizet, pues no se le regateaban los elogios entre la gente de toga, por el modo como había llevado á feliz término aquella causa complicada y oscura, ejecutando una obra maestra de fino análisis, decían; una reconstrucción lógica de la verdad, una creación, en una palabra.

Primeramente, cuando el señor Denizet pasó á reconocer el lugar en la Croix-de-Maufras, algunas horas después del asesinato de Severina,

hizo prender á Cabuche. Todo le denunciaba á éste: la sangre de que se hallaba cubierto, las declaraciones terminantes de Roubaud y Misard, los cuales referían de qué modo le sorprendieron, solo, azorado, junto al cadáver. Obligado á decir por qué y cómo se hallaba en aquella habitación, tartamudeó el cantero una historia que el juez acogió con menosprecio; de tal modo le pareció sencilla y clásica. Esperaba él esa historia, siempre la misma, del asesino imaginario, del culpable inventado, en la cual el verdadero culpable afirmaba haber oído la huida al través del obscuro campo. Además, cuando le preguntaron qué hacía delante de la casa á semejante hora, se turbó Cabuche, negóse á responder y acabó por declarar que estaba paseándose.

Esto era infantil; ¿cómo creer en ese desconocido misterioso que asesinaba y huía, dejando todas las puertas abiertas, sin haber registrado un mueble ni llevádose un pañuelo? ¿De dónde habría venido? ¿Por qué había matado? Sin embargo, habiendo sabido el juez las relaciones de Santiago con la víctima, preocupóse desde un principio del empleo dado al tiempo por aquél; pero sobre que el acusado reconocía haber ido con Santiago hasta Barentín, en el tren de las cuatro y catorce minutos, el posadero de Rouen juraba y perjuraba que el joven se había acostado después de comer y no salió de su cuarto hasta el día siguiente á las siete. Además, un amante no estrangula sin razón á su querida, con la cual no había tenido la menor sombra de

disgusto. Esto sería absurdo. Allí no existía más que un asesino posible, evidente, el encontrado por la justicia en aquel sitio, con las manos ensangrentadas y la navaja á sus pies, aquella bestia feroz, que refería á la justicia cuentos tan soporíferos.

Pero llegado á este punto, á pesar de su convicción, á pesar de su instinto, el cual, según decía, le informaba mejor que las pruebas, experimentó el señor Denizet cierto embarazo. En la primera indagación, hecha en la choza del detenido, en pleno bosque de Becourt, no se había descubierto nada absolutamente. No habiéndose podido demostrar el robo, era preciso buscar otro motivo al crimen. De repente, en la casualidad de un interrogatorio, púsole Misard sobre la pista, contándole que cierta noche vió á Cabuche escalar el muro de la propiedad para mirar por una ventana á la señora de Roubaud, que estaba acostándose. Preguntado á su vez, respondió Santiago tranquilamente lo que sabía, la muda adoración del cantero y el deseo ardiente con que la perseguía. No podía, pues, dudarse; sólo una pasión bestial le había impulsado; y todo se reconstruía muy bien: el hombre que volvía por una puerta cuya llave podía tener, y dejándola abierta en medio de su turbación, la lucha que había producido el asesinato, la violación, en fin, interrumpida por la llegada del marido. Sin embargo, se presentaba una objeción; pues era muy singular que aquel hombre, sabiendo que era inminente esa llegada, hubiese elegido pre-

II.

cisamente la hora en que el marido podía sorprenderle; pero bien pensado, esto se volvía contra el detenido y acababa de condenarlo, estableciendo que debía de haber obrado bajo el imperio de una crisis suprema del deseo, enloquecido por la idea de que si no aprovechaba el momento en que Severina estaba sola en aquella solitaria casa, nunca podría lograr su intento, supuesto que ella se marchaba al día siguiente. Desde aquel momento, la convicción del juez fué completa é irrevocable.

Acosado á interrogatorios, cogido en la red de las preguntas, descuidado respecto de los lazos que se le tendían, obstinábase Cabuche en su primera versión. Pasaba por el camino respirando el aire fresco de la noche, cuando un individuo le rozó corriendo, y con tal velocidad, en medio de las tinieblas, que ni siquiera podía decir hacia qué lado huía. Entonces, lleno de inquietud, y habiendo dirigido una mirada á la casa, notó que la puerta estaba de par en par. Y acabó por decidirse á subir, encontrándose á la muerta caliente todavía, que le miraba con sus rasgados ojos, y al ponerla en el lecho, creyéndola viva, se había manchado de sangre. El no sabía más que esto, lo repetía siempre sin variar un detalle, pareciendo encerrarse en una historia concebida de antemano. Cuando trataban de hacerle salir de este reducido círculo, guardaba silencio, cual hombre de facultades limitadas, que no comprendía. La primera vez que el señor Denizet le había interrogado acerca

de su pasión por la víctima, púsose muy colorado, como un muchacho á quien se reconviene por su primera ternura; y negó diciendo que no había soñado en dormir con aquella señora, cual si esto fuese una cosa reprobada, delicada y misteriosa, escondida en lo más profundo de su corazón, y cuya revelación no debía á nadie. No, él no la amaba, ni la deseaba; jamás le harían hablar de lo que le parecía una profanación, ahora que ella estaba muerta. Pero esta terquedad desacorde con un hecho que varios testigos afirmaban, se volvía también contra él. Naturalmente, tendría interés en ocultar el furioso deseo que sentía por aquella desgraciada, á la cual debía matar para saciarse. Y cuando el juez, reuniendo todas las pruebas y queriendo arrancarle la verdad, le echó en cara el asesinato y la violación, entró él en una rabia loca de protestas. ¡Matarla para poseerla, cuando la respetaba como á una santa! Llamados los gendarmes tuvieron que contenerle mientras él parecía disponerse á estrangular toda la corte celestial. Un canalla de los más temibles, un socarrón cuya violencia estallaba de todos modos, confesando así los crímenes que negaba.

La instrucción se hallaba á estas alturas, y el detenido se enfurecía afirmando que había sido el otro, el desconocido, cada vez que se trataba del asesinato, cuando el señor Denizet realizó un hallazgo, que transformó el proceso, multiplicando su importancia. Según decía, adivinaba las verdades, y quiso, por una especie de presen-

timiento, proceder á otra inspección en el domicilio de Cabuche, donde encontró detrás de una viga un escondrijo, en el cual se hallaban pañuelos y guantes de mujer, y debajo un reloj de oro, que reconoció enseguida, con gran contentamiento suyo; era el reloj del presidente Grandmorin, tan buscado por él en otra ocasión, un gran reloj con las dos iniciales enlazadas en la tapa, y en el interior la cifra de fabricación número 2516. Su inteligencia recibió entonces un rayo de luz; lo pasado se relacionaba con lo presente, y los hechos se encadenaban con perfecta lógica. Pero las consecuencias iban á llegar tan lejos que, sin hablar del reloj al principio, interrogó á Cabuche sobre los guantes y los pañuelos. Este tuvo un instante la confesión en los labios; sí, la adoraba, la deseaba, hasta besar los vestidos que había llevado, hasta recoger, hasta robar cuanto se la caía, hebillas, corchetes, alfileres. Pero una vergüenza, un pudor invencible, le obligó á callarse. Y cuando el Juez, decidiéndose al fin, le puso el reloj ante los ojos, miróle él espantado. Lo recordaba bien; ese reloj le había encontrado, con gran sorpresa, atado en la punta de un pañuelo, cogido bajo un travesero y llevado á su casa como una presa; y allí lo había dejado, mientras que se devanaba los sesos buscando un medio de devolverlo. Pero, ¿para qué contar eso? Sería preciso confesar sus demás robos, aquellos cintajos y aquella ropa que olían tan bien y tanto le avergonzaban. Ya no creían nada de lo que decía. El mismo comenzaba á no

comprender más; todo se enredaba en su obtuso cerebro, y Cabuche se hallaba en plena pesadilla. Ni siquiera se exaltaba con la acusación de asesino, sino que permanecía idiota, repitiendo á cada pregunta que no sabía nada. Respecto de los guantes y pañuelos, todo lo ignoraba; respecto del reloj, igual contestación. Estaban fastidiándole, que le dejaran tranquilo y le guillotinasen en seguida.

El señor Denizet mandó detener á Roubaud al día siguiente. Había lanzado el mandamiento judicial, orgulloso de su omnipotencia, en uno de esos minutos de inspiración en que creía en el genio de su perspicacia, aun antes de que existiesen contra el subjefe cargos suficientes. A pesar de las numerosas obscuridades, adivinaba en aquel hombre el origen del doble crimen; y triunfó en seguida, cuando hubo cogido al superviviente la donación que Roubaud y Severina se habían hecho ante el señor Collin, notario del Havre, ocho días después de haber entrado el matrimonio en posesión de la Croix-de-Maufras. Desde entonces, toda la historia se reconstruyó en su cerebro con tal certeza de razonamiento y tal evidencia, que dió á su andamiaje de acusación una solidez tan indestructible, que la misma verdad hubiera parecido menos verdadera y más fantástica é ilógica. Roubaud era un cobarde, que no atreviéndose á matar por sí mismo, se había servido dos veces del brazo de Cabuche, esa bestia feroz. La primera vez por ansia de heredar al presidente, cuyo testamento conocía;



y sabiendo el rencor del carretero contra aquél, le había empujado en Rouen á la berlina, después de haberle puesto la navaja en la mano. Después, repartidos los diez mil francos, no se habrían vuelto á ver los dos cómplices, si no fuera porque el crimen debía engendrar al crimen. Y así fué como el juez mostró esa profundidad de psicología criminal, que tanto admiraban: pues según él declaraba hoy, nunca había dejado de vigilar á Cabuche, por tener la convicción de que el primer asesinato engendraría matemáticamente otro. Dieciocho meses habían bastado; el matrimonio Roubaud estaba gastado, el marido disipó los cinco mil francos en el juego y 'a mujer tomó un amante para distraerse. Sin duda negábase ella á vender la Croix-de-Maufras, por temor á que él malgastara el dinero; tal vez, en sus continuas disputas, le amenazase ella con entregarle á la justicia. De todas suertes, numerosos testimonios revelaban la completa desunión de los dos esposos, y al fin se había producido la lejana consecuencia del primer crimen: Cabuche reaparecía con sus brutales apetitos; el marido, en la sombra, volvía á ponerle la navaja en la mano, para asegurarse definitivamente la propiedad de aquella maldita casa, que ya había costado una vida humana. Tal era la verdad, á la cual todo venía á parar: el reloj hallado en casa del cantero, y sobre todo, los dos cadáveres heridos del mismo golpe en la garganta, por la misma mano y con la propia arma, el cuchillo encontrado en la estancia. Sin embargo, sobre

este último punto, la acusación ofrecía una duda: la herida del presidente parecía haber sido causada por una hoja más pequeña y cortante.

Roubaud respondió al principio por monosílabos, con el aspecto soñoliento que á la sazón tenía. No se mostraba extrañado por su detención; todo se le daba lo mismo en la lenta desorganización de su ser. A fin de que hablase le habían puesto un guardián, con el cual jugaba á las cartas desde por la mañana hasta por la noche, y se consideraba completamente feliz. Además, estaba convencido de la culpabilidad de Cabuche: sólo él podía ser el asesino. Interrogado acerca de Santiago, se había encogido de hombros y echado á reir, demostrando así que conocía las relaciones del maquinista con Severina. Pero cuando el señor Denizet, después de haberle tanteado, acabó por desarrollar su sistema, pinchándole, acosándole con su complicidad y esforzándose por arrancarle una confesión, tornóse Roubaud muy circunspecto ante el temor de ser descubierto. ¿A él qué le contaban? El cantero era el asesino del presidente, lo mismo que de Severina; y sin embargo, las dos veces era él el culpable, puesto que Cabuche hería por su cuenta y en su lugar. Esta complicada aventura le llenaba de desconfianza: seguramente le tendían un lazo; mentían, para obligarle á confesar su participación de asesino en el primer crimen. Desde que le arrestaron, comprendió que la vieja historia volvía á desenterrarse. Careado con Ca-

buche, declaró no conocerle. Pero repetía que le había encontrado cubierto de sangre y á punto de violar á la víctima; enfurecióse el cantero, y una violenta escena vino á embrollar más las cosas. Transcurrieron tres días, y el juez multiplicaba los interrogatorios, seguro de que los dos cómplices se habían puesto de acuerdo para representar la comedia de su hostilidad. Roubaud, muy cansado, había tomado el partido de no responder más, cuando de repente, en un minuto de impaciencia, queriendo acabar y cediendo á una sorda necesidad que le devoraba hacía algunos meses, cantó de plano la verdad, toda la verdad.

Cabalmente aquel día el señor Denizet esforzaba su finura de ingenio, sentado en su escritorio, y velando sus ojos con los pesados párpados, mientras que sus labios se adelgazaban en un esfuerzo de sagacidad. Agotábase hacía una hora en sabias astucias con aquel detenido, á quien juzgaba de gran trastienda, bajo aquella pesada envoltura de amarillenta grasa; y creyó haberle asediado paso á paso, liado por todas partes y cogido al fin en el lazo, cuando el otro, con un gesto de hombre impacientado, dijo que ya bastaba y que prefería confesar, para que no le atormentasen más. Supuesto que á toda costa le creían culpable, que lo fuese al menos de lo que realmente había cometido. Pero á medida que avanzaba en su historia, á medida que hablaba de su mujer, prostituída muy joven por Grandmorin, de su rabia de celos al saber estas porquerías, á medida que contaba cómo había

matado y por qué había cogido los diez mil francos, recogíanse los párpados del juez en un frunce de duda, mientras que una incredulidad irresistible, la incredulidad profesional, distendía su boca en una mueca burlona. Sonreíase todavía, cuando el acusado se calló. El mozo era más fuerte de lo que él pensaba: tomar el primer asesinato para sí, convertido en un crimen puramente pasional, limpiarse á sí de toda premeditación de robo, y sobre todo de la complicidad en el asesinato de Severina, era ciertamente una maniobra atrevida, que indicaba inteligencia y voluntad poco comunes. Solamente que todo ello no se tenía en pie.

—Vamos á ver, Roubaud, no hay que tomarnos por niños..... Dice usted que estaba celoso y que mató en un transporte de celos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y si admitimos lo que usted dice, se habría casado sin saber nada de las relaciones de su mujer con el presidente. ¿Es esto verosímil? Todo lo contrario; probaría de parte de usted la especulación ofrecida, discutida y aceptada. Le dan á Ud. una joven educada como una señorita, se la dotan, su protector le protege á Ud., usted no ignora que la deja una casa de campo por testamento, y sin embargo, pretende no saber absolutamente nada. Vamos, Ud. lo sabía todo; de otro modo no se explica su casamiento..... Además, la consideración de un solo hecho basta para confundirle á Ud. Usted no es celoso; atrévase ahora á decir que lo es.

—Digo la verdad; maté en un acceso de celos.

—Entonces, después de haber matado al presidente por relaciones antiguas, vagas y, sobre todo, que Ud. inventa, explíqueme cómo ha podido tolerar un amante á su mujer, ese Santiago Lantier, un robusto mozo. Todo el mundo me ha hablado de esas relaciones, y Ud. mismo no ha negado que las conocía..... ¿Por qué los dejaba usted en libertad de ir juntos?

Cansado, con los ojos turbados, miraba Roubaud fijamente al espacio, sin hallar una explicación. Al cabo tartamudeó:

—No sé..... yo he matado al otro, y nada más.

—No me diga Ud. que es un celoso que se venga; le aconsejo que no repita esa novela á los señores jurados, porque se encogerían de hombres. Créame Ud., cambie de sistema, la verdad sola le salvará.

Desde aquel momento, cuanto más se obstinaba Roubaud en la verdad, más por mentiroso quedaba.

Todo se volvía contra él, hasta el punto de que su interrogatorio cuando la primera información, la cual debía de apoyar esta nueva versión, supuesto que había denunciado á Cabuche, se trocaba en prueba de una hábil complicidad entre ambos. El juez afinaba la psicología de la causa con verdadero amor al oficio. Nunca, según afirmaba, había descendido tan al fondo de la naturaleza humana; y esto era adivinación, más bien que observación, pues se ufanaba de pertenecer á esa escuela de jueces penetrantes

y fascinadores, que de una ojeada analizan á un hombre. Por otra parte, abundaban las pruebas. La instrucción tenía para lo sucesivo una sólida base; la certeza brillaba deslumbradora, como la luz del sol.

Y lo que más aumentó la gloria del señor Denizet, fué que presentó el doble proceso de una vez, después de haberlo reconstruído pacientemente en el silencio más profundo. Desde el ruidoso éxito del plebiscito, no cesaba el país de agitarse en una fiebre, semejante á ese vértigo que precede á las grandes catástrofes y las anuncia. Palpitaba en la sociedad de fin del imperio, en la política y en la prensa principalmente, una continua inquietud, una exaltación, en que la alegría misma tomaba un carácter enfermizo. Por eso, cuando después del asesinato de una mujer, en el fondo de aquella solitaria casa de la Croix-de-Maufras, se supo por qué impulso del genio acababa de exhumar el juez de instrucción de Rouen el proceso Grandmorin y de relacionarlo con el nuevo crimen, hubo una explosión de triunfo entre los periódicos oficiales. De vez en cuando reaparecían aún en las hojas de oposición las chanzonetas sobre el asesino legendario, invención de policía, para ocultar las torpezas de ciertos grandes personajes comprometidos. Y la respuesta iba á ser decisiva: el asesino y su cómplice estaban presos, la memoria del presidente Grandmorin saldría intacta de la aventura. Las polémicas volvieron á empezar, la emoción creció de día en día en

Rouen y en París. Fuera de esta novela atroz que torturaba las imaginaciones, se apasionaban como si la verdad, descubierta al fin, irrefutable, viniese á consolidar el Estado. Durante toda una semana, la prensa salía rebozando detalles.

Llamado á París, presentóse el señor Denizet en la calle de la Roca, en el domicilio del secretario general, señor Camy-Lamotte. Encontróle de pie en medio de su despacho, severo y con el rostro adelgazado; iba declinando, invadido por cierta tristeza á pesar de su escepticismo, como si hubiera presentado, bajo aquel brillo de apoteosis, el próximo desmoronamiento del régimen á que servía. Hacía dos días que se hallaba empeñado en una lucha interior, sin saber qué uso hacer de la carta de Severina, carta que él había conservado, y cuya lectura hubiese destruído todo el sistema de acusación y apoyado la versión de Roubaud en una prueba irrecusable. Nadie en el mundo sospechaba siquiera que existiese; podía, pues, destruirla. Pero la víspera le había dicho el emperador que exigía esta vez que la justicia siguiera su curso, fuera de toda influencia, aunque perjudicase á su gobierno: un simple grito de honradez, tal vez la superstición de que un solo acto injusto, después de la aclamación del país, cambiaría los destinos. Y si el secretario general no tenía escrúpulo de conciencia por haber reducido las cosas de este mundo á una simple cuestión de mecánica, estaba turbado por la orden recibida, y se pregun-

taba si debía amar á su amo hasta el punto de desobedecerle.

En seguida el señor Denizet triunfó.

—¡No me había yo equivocado, Cabuche fué quien mató al presidente! Concedo, sin embargo, que la otra pista contenía también algo de verdad, y ya sospechaba yo que el caso de Roubaud era equívoco..... Pero al fin los tenemos á los dos.

El señor Camy-Lamotte le miraba fijamente con sus ojos claros.

—¿De modo que todos los hechos del proceso que se me han transmitido están probados, y que su convicción de Ud. es absoluta?

—Sí, señor, no cabe la menor duda..... Todo se encadena; no me acuerdo de ningún proceso en que el crimen haya seguido una marcha más lógica, ni más fácil de trazar de antemano, á pesar de sus complicadas apariencias.

—Pero Roubaud protesta, se atribuye el primer asesinato, cuenta una historia, pinta á su mujer desflorada y confiesa haber matado en una crisis de celosa locura. Los periódicos de la oposición cuentan todo esto.

—Lo cuentan como un chisme, no atreviéndose ni á creerlo ellos mismos siquiera. ¡Celoso Roubaud, que facilitaba las citas de su mujer con un amante! ¡Ya puede referir en pleno jurado ese cuento, que no logrará promover el escándalo buscado!..... ¡Si adujera alguna prueba, todavía! Pero no aduce ninguna. Habla mucho de una carta que pretende haber obligado á escri-

bir á su mujer, la cual se hubiera encontrado entre los papeles de la víctima..... Ud., señor secretario general, que ha clasificado esos papeles, habría dado con ella, ¿no es eso?

El señor Camy-Lamotte no respondió. Era verdad, el escándalo iba á quedar enterrado, con el sistema del juez; nadie creería á Roubaud; la memoria del presidente no se mancharía con sospechas abominables, y el imperio se beneficiaría con esa rehabilitación tan ruidosa de una de sus hechuras. Por otra parte, puesto que Roubaud se reconocía culpable, ¡qué importaba á la idea de justicia que fuese condenado por una versión ó por otra! Quedaba Cabuche; pero si éste no había manchado sus manos en el primer asesinato, parecía ser el autor material del segundo. Además, ¡Dios mío! la justicia ¡qué ilusión! ¿No era un error querer ser justo, cuando la verdad está tan obstruída de malezas? Más valía ser prudente y sostener á aquella sociedad agonizante que amenazaba ruina.

—¿No es así?—repitió el señor Denizet.—Usted no ha encontrado la carta.

Otra mirada del señor Camy-Lamotte á su subordinado; y tranquilamente, como único dueño de la situación, echando sobre su conciencia los remordimientos que habían inquietado al emperador, respondió:

—Yo no he hallado nada absolutamente.

En seguida, sonriéndose con amabilidad, colmó de elogios al juez. Apenas si un ligero pliegue de sus labios denunciaba cierta invencible iro-

nía. Jamás instrucción alguna fué llevada con tanta penetración; y ya era cosa decidida en las altas esferas: sería llamado á París como consejero, después de las vacaciones. Diciéndole esto, le acompañó hasta la puerta de la escalera.

—Usted sólo ha visto claro, es verdaderamente admirable..... Y en cuanto la verdad habla, no hay nada que pueda detenerla, ni el interés de las personas, ni siquiera la razón de Estado..... Vaya Ud., y que la causa siga su curso, cualesquiera que sean las consecuencias.

—El deber de la magistratura está completamente en eso—concluyó el señor Denizet—que saludó y se fué radiante de alegría.

Cuando el señor Camy-Lamotte se quedó solo, encendió primero una bujía; después fué á sacar del cajón donde la había colocado la carta de Severina. La vela ardía muy alta; desdobló él la carta, queriendo volver á leer su contenido, y evocó el recuerdo de aquella delicada criminal, con ojos de pervinca, que le había inspirado en otro tiempo tan dulce simpatía. Ahora estaba muerta; él la veía de nuevo en su trágico fin. ¿Quién sería capaz de saber el secreto que ella debió llevar consigo? ¡Cierto, era una ilusión, la verdad y la justicia! No quedaba para el secretario, de esta mujer desconocida y encantadora, más que el deseo de un minuto, sentido, pero no satisfecho. Y como acercase la carta á la bujía que flameaba, sintióse invadido por una gran tristeza, por un presentimiento de desgracia: ¿para qué destruir aquella prueba y